

Quinta idea

El peronismo no puede ser definido por una sola variable

Es imposible pensar un trabajo complejo sobre el peronismo sin tener en cuenta mínimamente el pensamiento y la acción llevados adelante por el creador del movimiento de mayorías más importante del siglo xx. Su conductor, Juan Domingo Perón, ha tenido una vocación característica poco habitual en los políticos argentinos: la de intentar crear y sentar una sistematización de ideas en un cuerpo doctrinario. Alrededor del peronismo se han construido una serie de fantasmagorías difíciles de desarticular. Desde definiciones metafísicas, sentimentales, hasta miradas más empíricas y existencialistas se intentó definirlo. Se lo ha catalogado como un movimiento de liberación nacional, como un nacionalismo popular, como una experiencia fascista, como un populismo clásico, como un mero movimiento pragmático de acumulación de poder, entre otras categorizaciones.

La idea principal de este capítulo es que lo que llamamos el peronismo clásico, es decir, el que recorre la vida de su fundador desde 1943 y 1974, debería ser considerado como un movimiento con características propias, no asimilable a

experiencias europeas –fascismo, populismo, etcétera–, y que podría denominarse como un nacionalismo popular de ascendencia cristiana, como el propio Perón lo definió.

En ese sentido, el peronismo es hijo directo del pensamiento nacionalista forjista¹ y su maridaje con la Doctrina Social de la Iglesia,² y la tonalidad que prevalece en su construcción es el proceso de «plebeyización» del que participó desde el 17 de octubre de 1945 en adelante en su encuentro con el movimiento obrero organizado como el sostén más firme a lo largo de treinta años.

1. Nos referimos a la agrupación política yrigoyenista llamada Fuerza de Orientación Radical para la Joven Argentina (FORJA), formada en la década del treinta. Integrada por intelectuales y militantes como Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Homero Manzi, entre otros, FORJA fue el sustento ideológico del nacionalismo popular que dominó la escena intelectual durante al menos cuarenta años en la Argentina.

2. La doctrina social de la Iglesia es el programa político del Vaticano para Occidente. A lo largo de los siglos, los papas han modificado el modelo civilizatorio de la cristiandad. Pero, para lo que nos concierne en este libro, es necesario hacer hincapié en la encíclica *Rerum Novarum* que, en 1891, escribió el papa León XIII y que trata sobre la cuestión social. En ese documento, el papa apoyó el derecho laboral de formar uniones o sindicatos; alentó los círculos obreros católicos y afirmó la defensa de la propiedad privada. La salida a la cuestión social que planteaba el papa era la conciliación de clases y no la lucha de clases. Este punto será retomado una y otra vez por Perón en distintos discursos y, fundamentalmente, en su libro *La comunidad organizada*.

El modelo económico llevado adelante entre 1946 y 1955 y entre 1973 y 1974 permite analizar a grandes rasgos el contenido nacionalista de sus principales políticas públicas:

- a) Intento de conciliación de clases entre la burguesía industrial y los sectores del trabajo.
- b) Nacionalización y/o estatización de los principales recursos económicos (sistema bancario, rubro energético, comercio exterior, marina mercante y servicios públicos).
- c) Protección del mercado interno mediante barreras arancelarias firmes.
- d) Distribución de la renta del sector agroexportador al industrial.
- e) Protección del mercado interno vía políticas arancelarias y controles de precios para sostener la demanda de bienes de consumo.
- f) Batería de medidas a favor del poder adquisitivo de los trabajadores. Sindicalización. Distribución de la renta nacional en partes equitativas. Protección social a la niñez y la ancianidad.
- g) Voto femenino.
- h) En materia de relaciones internacionales, formulación del principio de la Tercera Posición, desalineando (al menos en teoría) a la Argentina en materia de política exterior de las directivas de las dos grandes potencias de postguerra, manteniendo un equilibrio equidistante tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética.
- i) De la lógica de la Tercera Posición pensada para el ámbito externo se desprende, además, la idea de la Comunidad Organizada, es decir, el equilibrio dia-

léctico entre capitalismo y socialismo, que fue el marco doctrinario de la política interior. El término «Comunidad Organizada» encuentra su origen en cursos signados por la Doctrina social de la Iglesia de principios de siglo XX, pero también en las experiencias del nacionalsindicalismo de José Antonio Primo de Rivera³ y del fascismo italiano liderado por Benito Mussolini.⁴ Con todo, realizar reduccionismos comparativos lleva solo a la confusión. El peronismo propuso una tercera vía entre el capitalismo liberal y el estatismo

3. José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia nació en Madrid el 24 de abril de 1903 y murió fusilado en la cárcel de Alicante el 20 de noviembre de 1936. Abogado y político español, primogénito del dictador Miguel Primo de Rivera y fundador de la Falange Española, formación con aspiraciones a convertirse en la representación del fascismo en España. Entre sus principales ideas se encuentra el nacionalsindicalismo, posicionamiento contrario al capitalismo (porque produce concentración de la riqueza y los medios de producción) y al liberalismo económico, a los que opone un sistema corporativista que reúne a la sociedad en un sindicato de empresarios y trabajadores. El fin de ese sindicato, se suponía, era conseguir la justicia social a través de la consigna «patria, pan y justicia».

4. Respecto de la doctrina del líder del fascismo italiano Benito Mussolini, la mayor influencia que tuvo sobre otras experiencias que pregonaban la reconciliación de clases fue la célebre «Carta del Lavoro», una ley del año 1927 en la que establecía la intervención estatal en la economía, el Estado corporativista y la creación de tribunales de trabajo para resolver los conflictos de pujas distributivas al interior del Estado-Nación.

comunista basado en la conciliación de clases, un fuerte intervencionismo de tipo neokeynesiano, movilización social ascendente, incorporación política a través de sindicatos y organizaciones libres del pueblo, lo que encierra cierta idea de corporativismo político, derecho social de la propiedad privada, entre otros conceptos que buscaban equilibrio social o armonía de clases.

Sin duda, Perón fue una línea divisora de aguas en el nacionalismo argentino. Pero también es cierto que actuó como una multiprocesadora de los distintos nacionalismos. El golpe de 1943, por ejemplo, contó con el apoyo de personajes tan complejos como Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría), ministro de Instrucción Pública del Gobierno de Pedro Ramírez, admirador del franquismo y antisemita confeso, pero el propio Perón se encontraba lejos de los sectores germanófilos del golpe y sus desvaríos. Su pragmatismo lo llevaban a considerar al fascismo como un simple aliado circunstancial frente al Imperio británico, lo que le quita el velo de misterio a la cuestión.

También es cierto que la formación militar trae aparejada una serie de requisitos que forman parte del menú nacionalista tradicional: una retórica fuerte sobre el mito patriótico, un profundo sentido católico, una visión geopolítica que influye en el sentimiento y el ideario de Perón. Hijo de su época, Perón va a recuperar todos los tópicos nacionalistas y los va a transformar en otro tipo de interpretación, como si de un crisol de nacionalismos se tratara. O al menos esa es su idea: que no haya más nacionalismo que el de la «nación peronista» (perdón por el irónico galimatías). Es decir, a partir de allí,

Hernán Brienza

el pensamiento «nacionalista» será reconocido simplemente como «nacional».

Hechas estas salvedades, es necesario reconocer que Perón —y fue una constante a lo largo de su vida— dejó en manos del nacionalismo católico dos áreas sensibles: la educación y la cultura. Y que fue un tanto ecléctico su entusiasmo —al menos hasta su etapa del exilio— en cultivar y alentar de masiado, desde su gobierno, al revisionismo histórico, brazo publicitario fundamental en la reconstrucción del pasado del pensamiento nacional.

Carlos Piñeiro Iníiguez⁵ sostiene que Perón sí tomó algunas cosas del nacionalismo tradicional:

Ciertamente, el nacionalismo tradicional argentino tuvo pensadores y publicistas de mayor consecuencia y concentración en los problemas del país [que Lugones]: Carlos Ibarguren, los hermanos Irazusta, Ramón Doll, Ernesto Palacio, José María Rosa y muchos otros brillantes expositores. De un modo u otro, pero sin duda, algunas de sus ideas fueron hechas propias por Perón, aun cuando no los haya leído en forma directa: los cultores del nacionalismo militar habían abrevado en ellos y muchos mantenían con los nacionalistas civiles relaciones de amistad. Sin embargo, debe aclararse que el nacionalismo militar —y el de Perón— centra sus objetivos en los mecanismos de la economía, ideando políticas y acciones de Estado tendientes a recuperar el control

5. Piñeiro Iníiguez, Carlos, *Perón, la construcción de un ideario*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XXI, 2010.

¿Para qué sirvió el peronismo?

nacional de sus resortes básicos como el sistema bancario, los servicios públicos, los transportes y el comercio exterior. Y no puede decirse que todos los nacionalistas citados —o la entelequia que llamamos nacionalista medio— se desvelaran por esos aspectos, siendo a veces muy concesivos a las recetas liberales debido a su básica impronta conservadora y hasta aristocratizante. Quienes sí reivindicaron a fondo ese nacionalismo económico fueron los militantes de FORJA.

El peronismo y la figura del propio Perón son mucho más complejas. En ese sentido, el líder de ese movimiento amplio, con muchos recovecos, intersticios, planicies de sentido y contradicciones, creo yo que debe ser tomado desde una de sus características centrales: la estructuración de una herencia —el «nacionalismo católico»—, su bautismo en las aguas del «nacionalismo popular» —FORJA— y, finalmente, un desarrollo que, en virtud de la aplicación del «nacionalismo económico», nos permita repensar las fuerzas centrífugas que surgieron del peronismo. Me refiero a las expresiones tanto de la «derecha» (con todas las dificultades que este término implica), presentes en grupos como la Alianza Nacionalista Libertadora, Movimiento Nacionalista Tacuara (sobre todo su vertiente Nacional Revolucionaria), la Guardia Restauradora Nacionalista, el Frente Revolucionario Nacional, como de la izquierda, representadas en los desarrollos teóricos de Hernández Arregui o Jorge Abelardo Ramos o en prácticas como la militancia de John William Cooke, del sindicalismo combativo de la CGT de los Argentinos o la organización político-militar Montoneros.

Si el peronismo hubiera concluido con su historia en la década del sesenta, los matices y las diferencias hacia el inte-

rior del propio movimiento habrían sido relativamente fáciles de explicar: un cuerpo doctrinario (no siempre seguido al pie de la letra por el mismo Perón), las 20 verdades, un programa de acción de políticas públicas a imitar, un sentimiento de adhesión popular, una interpretación muy argentina de la doctrina social de la Iglesia, un nacionalismo popular que jugueteara con los términos nacional y socialismo según los vientos de la época, pero que puede, también, pivotar sobre la necesidad de industrialización de una sociedad agroexportadora, por un lado, y la confección del Estado de bienestar europeo y estadounidense, por otro.

El sociólogo alemán Max Weber⁶ en su libro *Economía y sociedad* analizó los tipos de liderazgos y los clasificó en a) carismático, b) tradicional y c) legal. El primero es aquel al que la autoridad le es conferida porque sus seguidores le atribuyen condiciones y poderes superiores a los de otros individuos. El segundo está vinculado al poder heredado, ya sea por costumbre o por jerarquía, por un cargo importante, o que pertenece a un grupo familiar de élite que ha tenido el poder desde hace generaciones. Por último, el líder legal es aquel que asciende al poder por métodos democráticos o un sistema de reglas precisas. Weber sostiene que la mayoría de los partidos políticos nacen al calor de un liderazgo carismático pero que con la desaparición del jefe, ese espacio es reemplazado por un proceso de institucionalización que se vincula al liderazgo legal o institucionalizado.

6. Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Siglo XXI, 1991.

Sin embargo, el gran problema que se registra en el peronismo es que—luego de la primera etapa de corte carismática—lejos de convertirse en un partido institucionalizado, lo que se institucionalizó—en término de cristalizar formas de acción y roles—fue su carácter movimientista y sus liderazgos fuertes. Este desafío a las leyes weberianas puede encontrar su raíz en lo que el propio Perón decreta en su libro *Conducción política*: «Conduce el que gana y gana el que conduce». Por lo tanto, no fue el carácter doctrinario lo que extendió la vida del peronismo, sino la capacidad movimientista de elegir de una manera intuitiva e inorgánica—la excepción puede ser la elección interna de Carlos Menem contra Antonio Cafiero en 1988—el conductor que la época necesita, es decir, el hombre o la mujer que encarne el espíritu de la historia del movimiento.

Es en estos términos en que hay que repensar a los peronismos posteriores a la muerte del creador del movimiento. Y lo que queda por averiguar es ¿qué tiene mayor peso en la persistencia del peronismo: lo doctrinario o lo pragmático? Según cómo se responda esta pregunta podrán interpretarse las etapas signadas por el menemismo o por el kirchnerismo. También, se podrá juguetear con las comparaciones y preguntarse: ¿cuánto de peronista tuvieron los predominios de los liderazgos de los años noventa y de las primeras décadas del siglo XXI?